

LOS ESTUDIOS CLÁSICOS EN CHILE: RETROSPECTIVA Y PERSPECTIVA

por MIGUEL CASTILLO DIDIER

Profesor Titular,

Centro de Estudios Bizantinos y Neobelénicos,

Facultad de Filosofía y Humanidades,

Universidad de Chile.

Dirección Postal: Casilla 10136, Santiago, Chile.

RESUMEN

En los últimos años del siglo XX, dar una mirada a la realidad actual de los estudios clásicos en Chile no deja ciertamente en el ánimo sentimientos de optimismo. Las perspectivas no parecen halagüeñas para disciplinas una de cuyas características fue siempre el "desinterés", en el mundo en el que impera un mercantilismo desorbitado, en el que todo se transa y todo tiene precio en dinero. En cambio, una ojeada a la historia de estas disciplinas en nuestro país, si bien no nos entrega un panorama extraordinariamente rico, deja a la vista un quehacer que, pese a altos y bajos, a períodos ingratos, puede exhibir realizaciones valiosas y tareas cumplidas con dignidad y brillo por algunas figuras destacadas de la intelectualidad chilena.

Como parece natural, durante el período colonial los estudios clásicos están íntimamente relacionados con los estudios eclesiásticos. El latín se enseñaba en los colegios, regidos normalmente por religiosos, y en los establecimientos de formación de sacerdotes, tanto seculares como

regulares. Las personas cultas conocían el latín, lo comprendían, lo leían y no pocas veces lo escribían. Distinta era la situación del griego. Como expresa Eugenio Pereira Salas, “en la época colonial, si bien el latín fue la lengua intelectual de cronistas y poetas, clérigos y frailes, la lengua griega constituyó un ejercicio de selectas minorías. Cortas son las noticias que sobre su estudio tenemos, pero algunas raíces griegas usadas en los acertijos de la poesía enigmística en uso, y sueltos comentarios de algunos autores, indican su conocimiento básico”¹.

No hay dudas de que entre los jesuitas se cultivaba el griego, además del latín. Los dilatados estudios humanísticos eran una tradición en esa orden religiosa, tradición que se instaló en América, como lo demuestra la investigación del P. José del Rey Fajardo para Venezuela². Este autor cita la obra de José Juvencio *Método para aprender y enseñar*, al uso entre los jesuitas profesores de griego en el siglo XVIII y que debió ser utilizado en todos los lugares en que creaba noviciados la Compañía de Jesús. El libro de Juvencio muestra que no sólo se estudiaba el griego para conocer o manejar la *Versión de los Setenta del Antiguo Testamento* y los textos del *Nuevo Testamento*, sino que los estudiantes trabajaban la lengua clásica y aun la de Homero. El autor recomienda a los discípulos el uso de la famosa *Clavis Homérica* de Samuel Patrick, para resolver problemas de traducción de textos homéricos; y el no menos afamado *Lexicon Manuale Graeco-Latinum et Latino-Graecum* de Schrevelius³.

Entre los datos seguros citados por Pereira Salas acerca de enseñanza de griego durante la Colonia en Chile, tenemos la fecha de nombramiento de “un profesor de idioma griego” en 1762, en el Convictorio San Francisco Javier⁴. Pero no debemos dudar de que hubo otros profesores anteriormente.

¹Eugenio Pereira Salas, *Los estudios griegos en Chile*. A propósito de un libro: Hesíodo, *Los trabajos y los días*. Introducción, traducción y notas de Fotios Malleros K., primera edición bilingüe, Editorial Universitaria, Santiago, 1962, p. 208. Ver también, de Fotios Malleros Kasimatis, “El aporte de la cultura griega a la cultura chilena”, en *Revista Chilena de Humanidades*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Nº 4, 1983, pp. 63-79.

²P. José del Rey Fajardo, *La pedagogía jesuítica en la Venezuela hispánica*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1979.

³Sobre estas dos obras puede verse la sección “Gramáticas y diccionarios” del capítulo “Grecia en la biblioteca de Miranda”, en M. Castillo Didier, *Grecia y Miranda, precursor, héroe y mártir de la independencia hispanoamericana*, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 1995.

⁴E. Pereira Salas, *op. cit. loc. cit.*

Podemos pensar que, pese a las condiciones de pobreza imperantes en el reino de Chile y a las dificultades que la Guerra de Arauco y las catástrofes naturales provocaban, pudieron formarse en nuestro país hombres de cultura humanística vasta y profunda, como Alonso de Ovalle, Miguel de Olivares y Juan Ignacio Molina.

En la Universidad de San Felipe, creada en 1738, no hubo enseñanza de griego. Y en el Instituto Nacional, fundado en 1813, esos estudios se establecen en 1844 en virtud de decreto firmado por el Ministro Manuel Montt. Esa década, la del '40, resulta auspiciosa para los estudios helénicos. Los establece la Orden Mercedaria, siendo primer profesor el P. Juan de Dios Romo (1818-1854), y también el Seminario Pontificio, aunque los alumnos de este último establecimiento siguieron durante cierto tiempo los cursos del Instituto Nacional. Más tarde, el Seminario tendrá maestros propios entre los que destacarán el P. Luis Vergara Donoso (1842-1909) y, a comienzos de este siglo, el Pbro. José María Caro, quien sería, décadas después, Arzobispo de Santiago y primer Cardenal chileno.

La cátedra de griego creada en el Instituto Nacional en 1844 posee una historia de ilustres profesores, tradición que se continuará en la Universidad de Chile, a partir de 1889, con la creación del Instituto Pedagógico, en la Facultad de Filosofía y Educación.

Es casi seguro que la iniciativa para el establecimiento de estudios de griego haya tenido entre sus impulsores a don Andrés Bello. El gran humanista, primer rector de la Universidad de Chile y lúcido orientador de sus rumbos, era, como es bien sabido, un consumado latinista desde los tiempos de su formación en Caracas, donde vivió sus primeros 29 años (1781-1810). Pero también llegó a ser helenista, como lo ha demostrado Aurelio Espinoza Pólit⁵. Aunque en su Caracas natal no tuvo oportunidad de aprender griego (los jesuitas habían sido expulsados en 1767), Bello emprendió ese aprendizaje a partir de 1810, cuando conoció la riquísima biblioteca griega de Francisco de Miranda (1750-1816), en cuya casa, en Londres, estuvo alojado por lo menos dos años y la que siguió visitando durante su largo exilio londinense⁶. Como integrante de

⁵A. Espinoza Pólit, "Bello helenista", apartado del trabajo "Bello latinista", prólogo al tomo VIII de las *Obras completas* de Andrés Bello, reed. de La Casa de Bello, reimpr. en el vol. *Significación histórica y vigencia moderna de la obra de Andrés Bello. Literatura y lingüística*, La Casa de Bello, Caracas, 1979, pp. 724 y ss.

⁶Ver al respecto el capítulo "Miranda y Bello" en la obra citada *Grecia y Francisco de Miranda...*, así como nuestro trabajo *Miranda y la senda de Bello*, La Casa de Bello, segunda edición, Caracas, 1996.

la Misión Diplomática enviada por la Junta de Gobierno formada en Caracas en 19 de abril de aquel año, Bello conoció la figura brillante de Miranda y admiró no solamente su trayectoria revolucionaria y la visión americanista de su proyecto libertario, sino también la vastedad y universalidad de su cultura, en la que la lengua y la literatura griegas tenían un lugar preeminente. Amunátegui nos informa de la decisión de Bello de estudiar griego para llegar a leer en sus originales las grandes obras clásicas⁷. Y Espinoza Pólit ha podido demostrar que “Bello llegó a un conocimiento notable del griego. Si no alcanzó en él los quilates de superior excelencia y dominio absoluto que obtuvo en latín, subió al menos a un grado de familiaridad digno de todo aprecio y admiración. Llegar a entender a Esquilo, y entenderlo a fondo en su texto original, es hazaña de que no pueden gloriarse muchos, y que basta para calificar a cualquier de helenista”⁸. Sabemos por el propio Bello que entre las formas en que se ganó la vida en algunos de los duros años en Londres, estuvo la de ofrecer clases de griego. Y como bien dice Pedro Grases, al presentar la carta de Bello a Pedro Gual en que recuerda que hizo clases de español, latín y griego, estos nuevos datos “iluminan esta etapa de su vida, pues ignorábamos que (...) hubiese sido profesor de latín y de griego, lo que nos ilustra acerca de que el tiempo de lectura en la biblioteca de Miranda en Grafton Street, a partir de 1810, fue más importante y provechosa del que sospechábamos. Lo conocíamos como latinista, en Caracas, pero no se sabía hasta dónde había alcanzado su preparación en griego, la cual habrá tenido que ser de alto nivel para ser maestro en Londres, dado el rigor con que en Inglaterra se ha aprendido siempre la lengua de Homero”⁹.

El latín y el griego y las literaturas escritas en esas lenguas constituían para Bello disciplinas fundamentales. Impulsor y defensor del estudio del latín “como fundamento de toda educación liberal”, Bello tuvo especial preocupación por el problema de los métodos de enseñanza y de los materiales para la docencia. Su hijo Francisco¹⁰ es acaso quien inicia en nuestro país una tradición de redacción de textos para el

⁷Miguel Luis Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, reed. de la Embajada de Venezuela en Chile, Santiago, p. 82, 1962.

⁸A. Espinoza Pólit. *op. cit.*, p. xcvm.

⁹Pedro Grases, *Algunos temas de Bello*, Monte Avila Editores, Caracas, 1978, p. 60.

¹⁰Francisco Bello nació en Londres en 1817 y murió en Santiago en 1845. Ver Oscar Sambrano Urdaneta, *Andrés Bello. Cronología 1781-1865*, La Casa de Bello, Caracas, 1986.

aprendizaje de las lenguas clásicas. En 1830 aparece su *Gramática Latina*. En la dedicatoria de su obra, el malogrado latinista reconoce haber “sido socorrido en este trabajo por los vastos conocimientos” de su padre. Después de la prematura muerte de su hijo, Andrés Bello preparó una segunda edición, que revisó con “todo el tiempo y esmero posibles para corresponder de algún modo al favor con que había sido acogida la primera, y a los encargos de su autor”. Y explica los motivos de su empeño con estas emocionadas palabras: “Nuestras lágrimas han humedecido más de una vez los esparcidos puntos trazados por la mano de un hijo querido, debilitado ya por los largos padecimientos de una enfermedad dolorosa y fatal. Pero hemos tenido así un doble estímulo, el deseo de contribuir, en cuanto nos era dado, a la mejora de la educación literaria que tan celosa y liberalmente promueve nuestro gobierno, y un sentimiento casi religioso hacia la memoria de aquel excelente y malogrado joven. Culpa nuestra será si trabajando bajo tan poderosas inspiraciones no hemos sabido merecer los sufragios de los ilustrados profesores de nuestros establecimientos educacionales”¹¹.

Ya desde 1831, a dos años de su llegada a Chile, Andrés Bello había defendido el estudio del latín y de las disciplinas clásicas. En *El Araucano*, en un artículo titulado “Sobre el estudio de la lengua latina”, expresaba: “Suponemos decidida la cuestión acerca de la importancia y utilidad de los estudios clásicos, como fundamento de toda educación liberal; y dando un paso más, nos proponemos inquirir cuál sea el mejor modo de hacerlo”¹².

Decíamos que con la *Gramática Latina* de Francisco Bello, en 1838, se inicia una cierta tradición de producción de obras para la enseñanza de las disciplinas clásicas. En 1846, aparece la segunda edición de esa obra, revisada ampliamente por don Andrés. Éste escribe también una *Historia de la literatura griega* y una *Historia de la literatura latina*, incorporadas en un *Compendio sobre la historia de la literatura redactada para la enseñanza del Instituto Nacional*, que fue publicado en 1850¹³. Una parte de este trabajo se editó conjuntamente con la obra de

¹¹ Andrés Bello, “Advertencia” a la segunda edición de la *Gramática Latina* de Francisco Bello, Santiago, 1846, p. III.

¹² A. Espinoza Pólit, *op. cit.*, p. 648.

¹³ A. Bello, *Obras completas*, Edición de la Universidad de Chile, tomo IX, *Opúsculos literarios y críticos I*, Editorial Nascimento, Santiago, pp. 123-289. Antes, esta obra había sido reeditada en España con el título de *Historia de las literaturas de Grecia y Roma*, Sociedad Española de Librería (J. Luengo), Madrid, 1916, 283 pp.

Luis Ernesto Vendel-Heyl *Ensayos analíticos y críticos de la primera edad de la literatura romana y particularmente sobre Plauto*, publicado en la imprenta de Julio Belin, en 1850.

Andrés Bello fue un gran humanista. ¿Qué significa realmente el término? Hugo Montes da una respuesta que quisiéramos citar *in extenso*: “La palabra es ambigua. La tomamos, empero, en una significación precisa, la que recibió en la plenitud del Renacimiento. Los humanistas de entonces —piénsese en Erasmo, Vives, Vico, Luis de León, León Hebreo— tenían por característica común el estudio de las letras —Filosofía y Literatura, principalmente— de la Antigüedad greco-latina. Virgilio y Cicerón, Horacio, Séneca, los grandes trágicos, Aristóteles, Platón, eran estudiados por ellos no menos que la Biblia por los teólogos. Se trataba de descubrir en esos escritores la visión de una humanidad que, por muchos capítulos, pareció ejemplar y que, por consiguiente, había que presentar como modelo a las nuevas generaciones. No era el suyo, entonces, un estudio tan gratuito como podría parecer hoy; si iban a Cicerón o Virgilio, por citar los casos más corrientes, era para mostrarlos como maestros a la juventud, maestros de vida, de relación social, de organización de la república, de quehacer artístico. Andrés Bello discurrió por el mismo cauce. De allí su aprendizaje de lenguas extranjeras, del latín sobre todo. Se trataba de disponer de claves para abrir las puertas de las culturas respectivas y así entrar en contacto con las grandes figuras que las representaban de manera eminente. Se echaban con ello asimismo las bases del conocimiento cabal del idioma propio, de las posibilidades de estudiar sus raíces y de hacer calas comparativas, siempre necesarias en Lingüística. Esta amplitud y este desinterés en los estudios es su primera gran lección”¹⁴.

A propósito de la edición de los *Ensayos analíticos* hay que decir que el helenista francés Luis Ernesto Vendel-Heyl (1791-1854) fue precisamente el primer catedrático de griego en el Instituto Nacional. Contó con el decidido apoyo y colaboración de Andrés Bello y, como él, se preocupó especialmente de la redacción de textos de enseñanza. Uno de éstos es el que hemos nombrado en párrafos anteriores, volumen que, como vimos, incluyó parte del trabajo de Bello sobre historia literaria.

Dos filólogos alemanes habrían de ilustrar la cátedra de Vendel-Heyl: Justo Florian Lobeck (1798-1872), quien también escribió textos para la

¹⁴Hugo Montes, “Andrés Bello, humanista”, en *Revista Chilena de Humanidades*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Nº 1, 1982, p. 48.

docencia de los idiomas clásicos, entre ellos sus apreciados *Progymnasmata Latina*; y José Roehner, quien enseñó latinidad superior además de griego; y Carlos Rudolph (1857-1917).

Mientras los estudios de griego avanzaban, hasta hacer su entrada a la Universidad de Chile en 1889, los de latín retrocedían, sufriendo los embates de una campaña que ya en 1834 tuvo posiciones precursoras en la proposición de José Miguel Infante para que se suprimiera su estudio. En aquella temprana época, la defensa hecha por Andrés Bello fue decisiva. Refiriéndose a las creaciones literarias griegas y latinas, concluía en un artículo en *El Araucano*: "En aquellas obras bebió la Europa el buen gusto; y con el renacimiento de las letras latinas y griegas se vio rayar otra época"¹⁵.

En la década siguiente, en aquella pieza maestra que es el *Discurso de instalación de la Universidad de Chile*, pronunciado el 17 de septiembre de 1842, Bello no podía dejar de reivindicar la herencia espiritual grecolatina, al trazar las líneas de lo que debía ser el quehacer de la casa de estudios superiores que nacía: "¿Qué prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de la libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada después de una larga época de oscuridad por el espíritu humano?"¹⁶.

Sabido es que el mismo año de la muerte del gran humanista de América, en 1865, se inició la "guerra contra el latín", en la que se mezclan reacciones ante añejos métodos de enseñanza con motivos ideológicos. En la primera etapa de la polémica, representan la posición abolicionista de su estudio Benjamín Vicuña Mackenna y, paradójicamente, Miguel Luis Amunátegui, el ilustre discípulo y biógrafo de Bello. En 1876, se declaró el latín ramo optativo. En 1879, se restauró su obligatoriedad, pero limitada a tres años. Luego, en 1880, se lo declaró nuevamente optativo entre los idiomas, la mecánica y la trigonometría. Finalmente, en 1901, la supresión de tesis latinas en el bachillerato marcó el fin de la cuestión y del estudio del latín en las humanidades¹⁷.

¹⁵Cit. por E. Solar Correa, *La muerte del humanismo en Chile*, Editorial Nascimento, Santiago, 1934, p. 13.

¹⁶A. Bello, "Discurso de instalación de la Universidad de Chile", en *Anales de la Universidad de Chile*, 1843-1844, Santiago, 1846, p. 142.

¹⁷Ver E. Solar Correa, *op. cit.*, Adolfo Etchegaray, *Filología clásica, literatura y docencia*, Depto. de Filología Clásica, Universidad Católica de Valparaíso, 1974; Federico Hanssen, *La enseñanza del latín y del castellano en Chile*, apartado del vol. *Los alemanes en Chile*, edición de la Sociedad Científica Alemana de Santiago.

El año 1889, ya lo recordábamos, marca la entrada de las lenguas clásicas a la Universidad de Chile, en la Facultad de Filosofía y Educación. Ese año, por decreto del Presidente José Manuel Balmaceda y del Ministro de Educación Julio Bañados Espinoza, se crea en el seno de dicha Facultad el Instituto Pedagógico, institución cuyo nacimiento señala verdaderamente una época en Chile y en América Latina. Ese mismo año llegó a Chile, contratado para integrar el cuerpo docente del recién creado organismo, Federico Hanssen, doctor por la Universidad de Strasburgo y profesor a esa fecha de filología clásica en la Universidad de Leipzig, quien realizará una fecunda labor en el país¹⁸. Aunque ésta no se centró principalmente en los estudios clásicos, Hanssen escribió también importantes trabajos sobre materias de ese ámbito, los que se publicaron en Chile, en los *Anales de la Universidad de Chile* y fuera del país: "Sobre la interpretación de un pasaje de la *Iliada* (De Iovis Consillo)", "Sobre un trozo de música griega", "Ilias IX, 13-28" (en alemán), "Miscellanea Graeca", "Sobre el ruego de Tetis (De Thetidis precibus)"¹⁹.

En el Instituto Pedagógico, en el Seminario Conciliar y en seminarios de algunas órdenes religiosas, continúan los estudios clásicos una vida con alternativas, pero también con algunas realizaciones que honran a la cultura chilena y le otorgan un puesto digno en el panorama de esas disciplinas en América Latina.

En el Seminario Conciliar, el malogrado presbítero Arturo Silva Arratia (1881-1919) escribe y edita su *Latinidad Curso teórico-práctico*, que consta de un libro de clase y otro de estudio. El autor se propuso renovar la enseñanza del idioma del Lacio y hacerla más atractiva. Su prematura muerte detuvo su trabajo en los dos primeros volúmenes.

En el Instituto Pedagógico, el ingreso al cuerpo docente del doctor Rodolfo Oroz marcó el comienzo de una época de florecimiento de los

¹⁸En el tomo de los *Anales de la Universidad de Chile*, Nº 107-108, 1957, Homenaje a Claudio Matte y Federico Hanssen, se reproducen "Doce estudios lingüísticos y literarios" de Hanssen, pp. 117-367; entre ellos "Sobre la interpretación de un pasaje de la *Iliada* (De Iovis Consillo)", con un "Summarium latine scriptum", pp. 272-299. En este volumen se publican, de Julio Saavedra Molina, "Bibliografía de D. Federico Hanssen", pp. 115-118; y de Eladio García "La obra científica de Federico Hanssen", pp. 109-114.

¹⁹Publicados respectivamente en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo LXXXV, 1893, pp. 445-504; ibídem, pp. 805-812; en una revista alemana no identificada, pp. 584-592, en el *American Journal of Philology*, vol. 9, Nº 4, pp. 1-7 y vol. 13, Nº 4, pp. 437-448, Baltimore 1890 y 1892; y en *Anales de la Universidad de Chile*, tomo LXXXIV, 1893, pp. 1041-1054.

estudios clásicos. Oroz tomó la cátedra de literatura grecolatina que había dejado el destacado humanista Ricardo Dávila Silva, y poco después asumió también la enseñanza del latín. Su entusiasmo por la docencia lo llevó a preparar una *Antología latina*, editada por Nascimento en 1927. Luego vieron la luz “Estudio sobre la pronunciación del latín clásico en relación con los idiomas neolatinos”, en *Studium*, Nº 5-6, 1927, Santiago; la *Gramática latina con notas lingüísticas* y los *Ejercicios latinos*, editados por Nascimento en 1932. Más tarde aparecieron en Buenos Aires los dos cursos de *Latín, Gramática y ejercicios*, Kapelusz, 1951 y 1962²⁰.

Pero, además de la docencia y de trabajos que giran en torno de ella, hay que recordar también la labor de los traductores, que no han sido demasiado pocos, si se toma en cuenta las condiciones en que se ha desarrollado la labor de quienes se han inclinado por estas labores, las que nunca han sido muy estimulantes.

El sacerdote Juan Rafael Salas Errázuriz realizó una vasta y muy hermosa tarea en el campo de la traducción. Al respecto escribe Eugenio Pereira: “Sin duda alguna, el humanista más representativo y cabal de este período es el Pbro. Juan Rafael Salas Errázuriz (1855-1921). La cultura española le debe las admirables traducciones en verso del drama griego, que elogiaron al igual don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Miguel de Unamuno, quien, además, las utilizaba como textos en su famosa cátedra de Salamanca. Salas Errázuriz fue una persona original y bizarra dentro de la literatura chilena. Notable crítico literario, notable humanista, que supo verter la poesía de Horacio al castellano, desde su juventud se impuso como meta intelectual de su vida la versión en verso hispánico de los escritores dramáticos de la Grecia clásica. En 1889 daba a la estampa su traducción de *Prometeo encadenado* de Esquilo, con excelente estudio preliminar, continuando la profundización estética y filológica de las obras de su autor favorito hasta 1904, año en que la Universidad de Chile editó la serie completa de la trilogía esquiliana que

²⁰Ver Rodolfo Oroz, “Medio siglo de docencia”, en *Revista Chilena de Humanidades*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Nº 1, 1982, pp. 55-60; Antonio Arbea “Don Rodolfo Oroz y los estudios latinos”, en *Boletín de Filología*, tomo xxxv, 1995-1996, *Homenaje a Rodolfo Oroz Scheibe en el Centenario de su Natalicio (1995-1996)*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, pp. 67-77. El profesor Arbea destaca el hecho de que de 115 libros y artículos y 74 reseñas bibliográficas, es decir de 189 trabajos, 19, o sea, una décima parte —seis libros, ocho artículos y cinco reseñas— está dedicada, en mayor o menor grado, a la latinidad.

comienza con Agamenón. Su influencia en ese campo de difícil cultivo podemos observarla en la actividad de sus buenos amigos el Dr. Víctor Barros Borgoño, Omer Emeth y el Pbro. G. Jünemann²¹.

El juicio de Unamuno sobre las traducciones del P. Salas es decidor. Escribe que las versiones de la *Orestíada* "están hechas con cuidado y arte (...), dan una idea exacta de Esquilo"²². Y sobre la traducción de las *Églogas* de Virgilio, afirma el sabio de Salamanca: "Hay en Chile un hombre que es un traductor admirable del latín. Yo lo admiro con entusiasmo"²³.

El sacerdote Guillermo Jünemann (1856-1938), cumplió entre otros trabajos dos de la mayor importancia: la traducción en verso de la *Iliada* y la versión directa del *Nuevo Testamento*, obras editadas en Concepción en 1922 y en 1928.

En la década siguiente, ve la luz uno de los más notables trabajos de traducción realizados en Chile. Con éste, dos obras cumbres de las letras clásicas antiguas quedaban vertidas en Chile en verso. Jünemann había traducido la *Iliada* y Egidio Poblete Escudero (1868-1939) traducía la *Eneida* en endecasílabos. Periodista, escritor, profesor, hombre de generosa e incansable actividad, Egidio Poblete profesó toda su vida amor y admiración por Virgilio, desde los años adolescentes que pasó en el Seminario. Su traducción de la *Eneida* sufrió diversas alternativas. Comenzada en 1891, fue terminada veintiocho años después. Y como recuerda el mismo traductor, "Terminado el trabajo en 1919, permaneció por espacio de dieciocho años sobre la mesa de trabajo, sin esperanza de que se editara; y sólo por amor al arte y por deseo de perfección (en cuanto ésta es posible), lo revisé frecuentemente, siguiendo el precepto de Horacio: "Carmen reprehendite quod non/Multa dies et multa litura coercuit". El himno retened que no han limado/Muchos días y mucho pulimento"²⁴. En 1937, un grupo de personas reunió en Valparaíso los medios necesarios para editar esta bella versión, que Adolfo Etchegaray no vacila en calificar como "la mejor traducción castellana de la *Eneida*"²⁵. La clásica traducción del insigne Miguel Antonio Caro se

²¹E. Pereira Salas, *op. cit.*, p. 20.

²²Cit. por A. Etchegaray, *op. cit.*, p. 55, nota 15.

²³En Alberto Ried S., *El mar trajo mi sangre*, Santiago, 1956, p. 281, cit. por A. Etchegaray en *op. cit.*, pp. 54-55.

²⁴Egidio Poblete Escudero, "Prefacio del traductor" a Publio Virgilio Marón, *Eneida*. Traducción castellana de E.P.E., segunda edición, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1994, p. xxxi.

²⁵A. Etchegaray, *op. cit.*, p. 62, nota 3.

resiente en cuanto a fidelidad por las limitaciones que le imponía la estrofa escogida, la octava. La versión de Egidio Poblete no desmerece en belleza ante la de Caro, pero la supera en fidelidad. Sin duda, en esto influye el metro utilizado, el endecasílabo suelto, "único metro que puede tener en alguna medida la flexibilidad y soltura de los hexámetros griegos y latinos y que, al decir de Hermosilla, Valera y Menéndez y Pelayo, es la sola combinación que, no siendo artificiosa, no ata al traductor y le permite ser fiel al pensamiento original"²⁶. Poblete exhibe verdadera maestría en el manejo del endecasílabo.

Diversos profesores han ilustrado las cátedras dedicadas a los estudios clásicos en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile o se han ocupado de ellos fuera de las aulas. Además del doctor Rodolfo Oroz, hay que recordar a Ricardo Dávila Silva, quien formó una espléndida biblioteca griega; Omer Emeth, traductor griego y profundo ensayista; Adolfo Gómez Lasa, latinista y traductor; Gastón Gómez Lasa, traductor de la *Apología de Sócrates*, el *Critón* y el *Eufitrón* y autor de extensos *Estudios platónicos*; Cástor Narvarte, autor de diversas obras de filosofía y traductor y comentarista del *Teetetos* platónico; Emilio Goldschmith; Miguel Anabalón; Mariano Medina; Genaro Godoy (1909-1979), músico destacado además de filólogo, discípulo del renombrado profesor Hipólito Galante. A Genaro Godoy se le deben traducciones tan valiosas como las de *Antígona* de Sófocles (1951); *Los caballeros* de Aristófanes (1971); la *Apología de Sócrates*, el *Fedón*, el *Critón* y el *Eutifrón* de Platón (editados en 1974 en un volumen con el título de *El camino de la cicuta*) y la *Historia de Polibio* (1971). Todas sus traducciones van acompañadas de estudios preliminares y notas.

Debemos recordar en forma especial al profesor Fotios Malleros Kasimatis (1914-1986), traductor de Tucídides y de Hesíodo, quien ejerció un largo profesorado en la Universidad de Chile, y durante un tiempo en la Universidad Católica de Valparaíso, y creó en Chile los estudios griegos medievales y modernos, fundando el *Centro de Estudios Bizantinos y Neobelénicos*, que hoy lleva su nombre. Colaboró con él el profesor Héctor Herrera Cajas, bizantinista, quien también ha entregado largos esfuerzos a la difusión de la cultura clásica.

De hecho, y por la estrechísima relación que existe entre la lengua literaria clásica y la griega medieval y neogriega, en diversos trabajos de

²⁶Raimundo Morales, "Prólogo" a Virgilio, *Eneida*, trad. E. Poblete Escudero, 2ª edición, p. xxvii.

este Centro se tocan materias clásicas. El Centro ha publicado 31 tomos desde 1970, incluidos 16 números del anuario *Byzantion Nea Hellás*, una *Biografía de la lengua griega. Sus tres mil años de continuidad* de Saúl Tovar; la segunda edición, ampliada, del *Imperio Bizantino 395-1204*, de Fotios Malleros; *Antología de la literatura neobelénica*, de Miguel Castillo, *Teatro* de Nikos Kazantzakis; *Antología del cuento neogriego*, y otras obras. Por la relación estrecha de sus mundos poéticos con la lengua, la historia y la cultura clásica, se destacan las publicaciones de la poesía completa de Andreas Kalvos y de Constantino Kavafis, ambos en traducción de quien escribe.

En la actualidad, el Centro aspira a retornar a la docencia propia, de que fue privado en la década de 1980, y ofrecer un *Diplomado en Estudios Griegos*, con menciones en Cultura Griega Clásica, Cultura Griega Medieval y Cultura Griega Moderna; y en conjunto con los Centros de Estudios Judaicos y Arabes, una *Magistratura en Culturas Clásicas* con menciones en Cultura Griega, Cultura Árabe y Cultura Judaica.

Por iniciativa del profesor Herrera Cajas, se creó en 1987 el *Centro de Estudios Clásicos* en el seno de la actual Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, bajo la dirección de la profesora Giuseppina Grammatico y con un cuerpo docente integrado por Giuseppina Grammatico, Héctor Herrera Cajas, Antonio Arbea, Oscar Velásquez, Iván Salas, María Angélica Jofré, Rodrigo Inostroza, Romolo Trebbi, Nicolás Cruz y Virginia Espinoza.

El Centro realiza actividades de extensión, investigación y docencia. Los trabajos realizados se han publicado en los volúmenes *Limes 1*, 1988; *Limes 2*, 1989-90; *Paideia y Humanitas*, 1989; *Cicerón, un alma ardiente*, 1994; *Ver y oír en el mundo clásico*, 1995; *El descenso como itinerario del alma*, 1995. En estas publicaciones han colaborado también filólogos latinoamericanos y europeos.

En el plano docente, este Centro ofrece un *Diplomado en cultura clásica*; y un *Bachillerato en Lenguas clásicas*, con una duración de cinco semestres.

Entre los detrimentos sufridos por la Universidad de Chile durante los años de intervención militar está la desaparición del Departamento de Lenguas Clásicas. Éste es uno de los puntos que se inscriben como negativos al hacer un balance del estado de los estudios clásicos al final de nuestro siglo. La Universidad de Chile, creada por un eminente humanista, latinista y helenista, hombre de maciza formación clásica profundamente abierto a lo nuevo, hombre que concebía el saber como

sabiduría y no como mero acopio de conocimientos, esa Universidad no tiene un organismo dedicado a los estudios clásicos. Los estudios griegos están representados sólo en los referentes a las etapas de la cultura helénica posteriores a la clásica, la medieval y la moderna, en el Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos "Fotios Malleros", de la Facultad de Filosofía y Humanidades, el que aspira en estos años a ampliar formalmente su ámbito de actividades a la etapa antigua. Este Centro cuenta con una biblioteca que reúne alrededor de 8 mil volúmenes relativos a materias clásicas, bizantinas y neogriegas.

Es necesario recordar aquí a distinguidas figuras de la intelectualidad chilena que, si bien no ejercieron las cátedras tradicionales de los estudios clásicos, de lengua y literatura griega latina, reivindicaron el valor de la herencia clásica y la necesidad de su estudio y su asimilación para comprender el presente y enfrentar el porvenir. Entre esas figuras destaca el filósofo Jorge Millas; en su "Fisonomía espiritual del mundo griego", el primero de sus *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente*, Editorial Universitaria, 1960, desarrolla conceptos que por su justeza creemos conveniente reproducir con cierta extensión: "¿Todavía Grecia? La pregunta viene sola a nuestras almas, cada vez menos dispuestas a dejarse distraer por el pasado... ¿Todavía Grecia? Bueno, sí. Todavía Grecia, que es decir todavía el pasado o todavía el hombre. Justo, porque no podemos desatender las tareas del presente, debemos retornar a las fuentes de donde la corriente de la vida humana, que es la historia, brota más diáfana, más dócil quizás a la comprensión. El conocimiento histórico es una experiencia de vuelta sobre nosotros mismos, no como individuos, sino como miembros del género humano...

"Pero ¿por qué Grecia? —insistirá aún el iconoclasta—. Bueno, está primero la razón de lo obvio. Si es cierto que desde el punto de vista del hombre en general, toda historia es sustancia suya y contribuye a su conocimiento, Grecia tiene una situación privilegiada para el mundo occidental y el occidentalizado, que está viniendo a ser uno con él. Somos herederos del mundo griego en mayor medida de lo que las distancias históricas pudieran llevarnos a creer. Con pura variación de circunstancias, continuamos en efecto, la misma trayectoria de diferenciación espiritual, idéntico desarrollo de posibilidades humanas iniciadas en épocas de Homero, allá por los siglos IX y VIII a C. Está, en seguida, la razón menos obvia del poder mágico de Grecia como fuente regenerativa del optimismo moral. Cuando, en efecto, miramos en torno nuestro y constatamos o la desazón que embarga a las mejores concien-

cias o la confianza mesiánica de quienes, si no estamos con ellos, nos llevan al patíbulo o nos exponen al escarnio público, es reconfortante volver los ojos a los mejores días de Grecia...

“Se explica así que el influjo griego sobre la cultura de Occidente tenga un aspecto a todas luces singular. Otros influjos han sido siempre fenómenos relativamente pasivos, de entrega casi inconsciente al complicado juego de acciones y reacciones espirituales. El de Grecia, en cambio, es un influjo de elección, buscando y proclamando conscientemente, convertido en propósito e ideal histórico. Una y otra vez, en efecto, el Occidente ha hecho de Grecia modelo inspirador, manantial de donde extraer fuerzas nuevas para ayudarse a vivir y para promover grandes efectos espirituales. Tal sucedió, por ejemplo, con el Imperio Romano (Bizantino), con el Renacimiento y con el Humanismo de los siglos XVIII y XIX. Se trata, por lo visto, de una cultura de acción continua y de inspiración recurrente. Siquiera en este sentido de su renovada presencia, puede considerársela imperecedera”²⁷.

A otra figura destacada del quehacer filosófico en Chile, Enrique Molina, debemos una obra importante en relación con la valorización del legado clásico, como fermento dinámico, siempre vivo, que puede contribuir a atisbar los caminos del futuro de un mundo que se debate entre la desorientación y la desesperanza. En este sentido, la obra de Molina *La herencia moral de la filosofía griega*, Nascimento, 1957, constituye un aporte muy valioso. Por la misma época en que apareció la obra de Enrique Molina, se editó la de Valentín Brandau *El legado político de Atenas y las democracias modernas*, 1956.

Como escribíamos al comenzar estas páginas, las perspectivas no parecen prometedoras para las disciplinas clásicas en este final de siglo en Chile, donde domina un mercantilismo desorbitado, en que los valores pecuniarios imperan sobre los valores humanos. Y en 1981, la profesora Giuseppina Grammatico hacía un balance poco alentador del estado de los estudios clásicos en el país, y concluía: “En lo que se refiere al cuadro institucional, debo decir que lamentablemente se ha cerrado hace unos diez años el Departamento de Lenguas Clásicas de la Universidad de Chile, y que el único Departamento de Filología Clásica, el de la Universidad Católica de Valparaíso, ha dejado de tener alumnos propios y se limita a prestar servicios a otras unidades académicas. La formación más completa dentro del plan de estudios regular la reciben

²⁷Jorge Millas, *Ensayo sobre la historia espiritual de Occidente*, Editorial Universitaria, Santiago, 1960, pp. 35-36-37.

los alumnos de Filosofía de las dos Universidades Católicas, y fuera de él los alumnos del Centro de Estudios Clásicos (de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación)²⁸.

Cinco años después, el panorama todavía se ha hecho más pobre. En la Universidad Católica de Chile los idiomas clásicos tienen sólo el carácter de optativos, aun en Filosofía; y en Teología el griego bíblico sólo se da a una parte de los alumnos. En la Universidad Católica de Valparaíso el estudio del latín se ha reducido a un año en Castellano; mientras que en Filosofía, latín y griego sólo se dan en dos años. En la Universidad de Chile, en la Licenciatura en Filosofía, estos dos idiomas se dan igualmente sólo en dos años; y en la Licenciatura en Literaturas Hispánicas, el latín tiene señalados también solamente cuatro semestres.

Queremos conservar la esperanza de que haya una reacción que vuelva a centrar la escala de valores en el hombre. A ella deben contribuir las humanidades y las disciplinas clásicas, centro y fundamento de aquéllas. Cerremos, pues, estas páginas, con unas certeras palabras de la profesora Grammatico: “A través de la lengua que hablamos —nosotros, americanos del sur—, de la trayectoria histórica que continuamos, de los modelos estéticos que aún consideramos vigentes, de tantas de las ideas filosóficas y religiosas o de las instituciones políticas y jurídicas que conservan plena actualidad, nos hallamos siempre vinculados a Grecia y a Roma. Aun para los hombres de otros troncos culturales, los Estudios Clásicos representan la participación en una porción de la experiencia humana que, como tal, es valiosa y que, además, ha contribuido decisivamente a moldear el mundo actual. No es por cierto una casualidad la que ha llevado a denominar por antonomasia *letras humanas* o *humanidades* a la literatura griega y latina, y *humanismo* a su cultivo y conocimiento. Sabiamente, en un tiempo estos estudios fueron llamados ‘artes liberales’. Ojalá volvamos a ellos para que nos hagan verdaderamente libres y nos reinserten en lo que es *de siempre*”.

²⁸Giuseppina Grammatico, “Centro de Estudios Clásicos”, Ponencia a la Mesa Redonda sobre Estudios Clásicos, Belo Horizonte, 1991, pp. 3-4.